

MONSEÑOR FAUSTINO ARREDONDO

PAGINAS ANTROPOLOGICAS

Precedidas de una nota de Arturo Andrés Roig, sobre la palabra, el libro y el paisaje en el tradicionalismo y el racionalismo.

En nuestra comunicación al IIº Congreso de Historia de Cuyo (1960) que titulamos *Un olvidado tradicionalista argentino Monseñor Faustino Arredondo*, presentamos las doctrinas de este escritor nuestro, recalcando su estrecho contacto con el tradicionalismo de Javier de Maistre; su extraño uso de ideas científicas emparentadas con Buffon, en su lucha contra el transformismo y su posición respecto de temas como la ilustración y el progreso, frente al liberalismo de la época.

Trataremos ahora de comparar en grandes rasgos y como introducción a esta selección de páginas antropológicas (1), algunos temas paralelos que hay entre este tradicionalismo propiamente dicho y una forma del liberalismo cuyo origen es, paradójicamente, muy cercano. Nos referimos concretamente al movimiento de ideas denominado *racionalista* y que deriva en gran medida de Felicité de Lamennais (1782-1854).

El racionalismo ha tenido como máximo expositor, no sólo en nuestro país sino tal vez en América, a Francisco Bilbao, nacido en Santiago de Chile en 1823 y muerto en Buenos Aires en 1865, luego de una agitada y turbulenta vida desarrollada en los países americanos del Pacífico, en Europa después y por último en las repúblicas del Río de la Plata. Su acción intelectual llevada a cabo en Paraná y Buenos Aires (1857-1865) hace que deba ser considerado dentro de la historia de nuestro desenvolvimiento ideológico nacional. Mencionaremos entre las producciones de esta última etapa de su vida: *La ley de la historia* (1858), el *Prólogo* a la tercera edición de los *Estudios sobre la vida de Santa Rosa de Lima* (1861), *La América en peligro* (1862), *El Evangelio americano* (1864) y *La revolución religiosa* (prólogo a la *Vida de Jesús*

(1) Los principales escritos de Arredondo son: *Páginas de viaje*, Mendoza, Tipografía "Bazar Madrileño", 1882, 183 p.; *Pinceladas*, Tip. "Bazar Madrileño", Mendoza, 1883, 498 p.; y *La verdad*, Mendoza, Tip. E. Rossi, 1898, 422 p. La presente selección de páginas antropológicas ha sido hecha del libro *Pinceladas*, que se puede consultar en la Biblioteca Pública de la Universidad Nacional de La Plata. Para una bibliografía más completa véase nuestra comunicación citada al IIº Congreso de Historia de Cuyo, IIIº parte.

de Renán) 1864. Además se reeditaron gran parte de sus escritos en unas *Obras completas*, en Buenos Aires, 1865.

La comparación entre la actitud tradicionalista y la racionalista se resuelve en última instancia en un paralelo entre teísmo y deísmo y viene a ser así un capítulo de la historia de las ideas y sentimientos religiosos en nuestro medio. Ambos movimientos implican además una filosofía política estrechamente dependiente de la actitud religiosa.

El racionalismo de Bilbao que al decir de algunos de sus contemporáneos era una extraña mezcla de religión y política, responde a la idea familiar en Europa al promediar el siglo, según la cual se entiende a la religión como la subestructura de la sociedad, idea que se encuentra en Lamennais, en Quinet y Michelet y que había sido sostenida por Schelling quien identificaba la conciencia religiosa con la conciencia social.

Podemos afirmar tal vez sin equivocarnos que Bilbao es uno de los más interesantes y acabados exponentes del deísmo en nuestro país. Extraño personaje, poseído de una pasión religiosa profunda y auténtica, con arrebatos místicos, especie de apóstol heterodoxo, carente en absoluto de todo interés y conocimiento de la ciencia que habría de cambiar con los positivistas comtianos y spencerianos la mentalidad de gran parte de nuestros pensadores.

Este "sectario de la religión universal", "apóstol del racionalismo en América", "lector entusiasta del Evangelio" y en fin verdadero "Lamennais americano", como se le llamó en su época (2), se exalta ante la figura de Santa Rosa de Lima, cuya vida, junto con la Independencia, son para él los dos más grandes acontecimientos de la historia de América (3). Su lenguaje es el de un orador sagrado y es un interesante exponente del mesianismo del siglo del cual no escaparán ni los mismos positivistas. Su odio contra la Iglesia de Roma es más bien el de un disidente religioso que el de un libre pensador laico al estilo que se verá más tarde.

La conciencia religiosa de Bilbao y su origen ideológico, explican la presencia en él de temas provenientes del tradicionalismo europeo: la palabra, como verbo y el "libro sagrado" como su depositario.

Resulta interesante observar que esos temas ya habían hecho aparición entre nosotros con la Generación de 1837. La necesidad de dictar un "dogma" que contenía ciertas "palabras simbólicas" respondía a un mismo momento del pensar europeo, común a románticos sociales y tradicionalistas. La actitud de los componentes de esta Generación, que no les llevó a negar el valor sagrado del *Evangelio*, hizo que el nuevo "libro" no cobrara el sentido que tomará con los racionalistas. En éstos, en efecto, el *Testamento* no es más que un capítulo de lo que Jules Michelet denomina "la Biblia de la humanidad" (4), la que es permanentemente escrita por ésta.

(2) Expresiones tomadas de los discursos pronunciados con motivo de su sepelio, en Buenos Aires, en 1865. Véase *Vida de Francisco Bilbao* escrita por Manuel Bilbao, apéndice, en *Obras Completas*, Buenos Aires, 1865.

(3) *Estudios sobre la vida de Santa Rosa de Lima* (1853), *Obras Completas*, p. 427.

(4) J. Michelet, *La Biblia de la humanidad* (1864), trad. de G. Blanco, Barcelona, M. Pujol Martínez, editor, 1875, 326 p.

Frente a José Manuel Estrada (1842-1894) quien, se limita a actualizar dentro de su posición de ecléctico y católico militante, al *Dogma socialista* y sus "palabras simbólicas", considerándolo tan sólo como el "libro nacional" que hace falta para la instrucción cívica de los ciudadanos argentinos (5), Bilbao encara la tarea de escribir nada menos que el *Evangelio* americano. Quinet —ya hablamos de Michelet— había escrito por su parte, "el Evangelio del mundo latino" (6).

"Sepamos, en nombre de Dios os conjuro hermanos míos —ruega Bilbao—, escucharnos a nosotros mismos. Tengamos audacia para conocernos, audacia para atravesar las tinieblas. Rompamos la piedra que impide nuestra resurrección, y libres en nosotros mismos, transfigurados sobre las ruinas del mundo envejecido, recibamos directamente, sin intermediarios o mediadores fermentados, el testamento puro, la palabra viva de la eterna vida, la centella de la fuerza y el inmenso amor" (7).

Con esta invocación invita Bilbao al hombre de América a descubrirse a sí mismo y a escribir el versículo que le corresponde en la redacción de la Biblia de la humanidad.

La *palabra y el libro*, instrumentos de la *tradición*, cambian de valor en cuanto que se habla aquí de una "tradición sin pasado" que no necesita de una autoridad externa a la conciencia de cada uno que la sostenga e imponga. De las verdades fundamentales que constituyen el dogma de esta religión natural (existencia y paternidad de Dios, libertad, inmortalidad del alma, etc.) "tenemos la revelación eterna en la conciencia"; "creemos —dice— que el padre de donde nace la igualdad... es verbo con cuya luz viene todo hombre" (8). De ahí que la palabra sea "sin tiempo y sin memoria" (9) y que la humanidad no necesite de un libro externo definitivo. "La unidad de espíritu que debe preceder a la unificación del espíritu humano, no ha aparecido concretada en ningún libro aceptado universalmente. El soplo divino vaga aún sobre las aguas, esperando la revelación...". A pesar de ello el *Nuevo Testamento* es ya un momento, y de incalculable valor, de esa revelación, aunque —repetimos— no el definitivo, porque "creemos en la perpetuidad progresiva de las revelaciones del Eterno" (10). Todo se apoya en una razón, que sea la de los individuos o la de los pueblos contiene un "fondo inmutable" de revelación permanente (11). "Cayó el privilegio de la encarnación de la palabra y se levanta la revelación del Omnipotente en todo hom-

(5) José Manuel Estrada, *La política liberal bajo la tiranía de Rosas* (1873), Buenos Aires, ed. La Cultura Argentina, 1917, 295 p.

(6) La obra de Edgard Quinet "Las revoluciones de Italia (1848)... es el Evangelio del mundo latino", dice Bilbao, en *Obras Completas*, p. 116, nota.

(7) Francisco Bilbao, *El Evangelio americano* (1864), Buenos Aires, ed. Américalee, 1943, página 28.

(8) *Los araucanos*, (1847), *Obras Completas*, p. 336.

(9) *Boletines del espíritu* (1850), *Obras Completas*, p. 227.

(10) *La resurrección del Evangelio* (1853), *Obras Completas*, p. 195-196.

(11) Lamennais como representante del dualismo de la civilización moderna (1854), *Obras Completas*, p. 106.

bre". Es —termina Bilbao, citando al apóstol San Juan— "La luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene a este mundo" (12).

La *palabra* así entendida no necesita pues ser transmitida por más que aparezca a lo largo de la historia en sucesivos libros. Así lo declara consecuentemente: "La verdadera redención debe ser libre, sin tradición, sin libros" (13).

El racionalismo al estilo de Bilbao sería absolutamente inexplicable sin el conocimiento de la suerte corrida a la razón dentro del tradicionalismo. Uno es en función del otro.

"La razón de los individuos sólo engendra la divergencia y la lucha, y la divergencia y lucha dan por resultado, el caos; la razón del hombre, pues, es un principio disolvente; pero la fe, que es la vida del corazón, está destinada a unir lo que la razón separa; por consiguiente la fe es el principio social, el elemento armónico; la fe de los pueblos primitivos se realizó por medio de la obediencia a una revelación primitiva; la fe en los pueblos adultos debe manifestarse por medio de la obediencia a la autoridad, que ha sido su depositaria...". De tal manera sintetiza Juan Donoso Cortés lo que él entiende ser el "dogma común" de la "escuela católica" (14).

Sin llegar a una formulación estricta, Arredondo se mueve dentro del espíritu de la cita que hemos transcrita (15) y se encuentra por tanto ubicado en la contraposición más amplia respecto de aquella razón que describimos antes.

De acuerdo con uno de los caracteres del espiritualismo de la época, Arredondo acepta la existencia de una "palabra interior", es el innatismo común a tradicionalistas, racionalistas y eclécticos. Esa palabra no es sin embargo verdadera si no se adecúa a la palabra transmitida, la de la tradición escrita en el *Evangelio*, como libro definitivo y eterno y mantenido por la autoridad de la Iglesia romana.

La libertad que preconiza Bilbao no es tanto la de la lectura interpretativa de los textos sagrados, sino la libertad de irlos escribiendo en función de un innatismo de dogmas.

El movimiento racionalista tendrá luego, como representante de significación, a Alejo Peyret (1826-1902) en quien incidirán otras influencias europeas que se mueven dentro de la misma atmósfera: Ernesto Renán (1823-1892), Ernesto Havet (1813-1889) y David Strauss (1808-1874), quienes escriben o "nuevos libros sagrados" (Renán) o críticas histórico-filológicas (Havet-Strauss), todas ellas al margen de la ortodoxia eclesiástica. Es importante además notar que en Peyret aparece un elemento nuevo: la ciencia, el cual permite establecer el puente entre el racionalismo estrictamente religioso de Bilbao y la aparición del positivismo.

(12) *Boletines del espíritu, Obras Completas*, p. 206.

(13) *Lamennais... etc., Obras Completas*, p. 90.

(14) Juan Donoso Cortés, *Lecciones de Derecho Político, Lección IXª*, en *Obras Completas*, de La Editorial Católica, Madrid, 1946, Tomo I, p. 316-317.

(15) Véase nuestra comunicación citada en un comienzo, capítulo *La palabra, la verdad, el error, el misterio*, párrafos 9 y sgs.

La masonería, establecida oficial y públicamente en Buenos Aires a partir de 1856, en la que le tocó jugar a Bilbao importante papel (16), y en Mendoza a partir de 1870, será la que difundirá y mantendrá el clima de esta religiosidad heterodoxa en todo el país y explica la aparición, a fines de siglo del libro *La Verdad* (1898) de Monseñor Faustino Arredondo, como así también su defensa de una antropología tradicionalista.

En su momento será interesante estudiar los matices que reviste la conciencia religiosa de los "apóstoles" de la Escuela de Paraná en sus diversas etapas hasta el positivismo comtiano, y sus conexiones con el racionalismo.

Digamos ahora dos palabras sobre el paisaje.

Son asimismo los hombres de la Generación de 1837 quienes inauguran entre nosotros el hermoso tema del paisaje americano. Sobre éste se llevará a cabo también una metafísica o mejor aún una mística. "Tú sabes —nos cuenta Echeverría— cómo yo me recreaba con la vista de alguna escena imponente de la naturaleza; cómo gustaba entregarme al curso de mis pensamientos en medio de las llanuras desiertas de nuestros campos o en el abrigo de esos montes donde apenas penetra la luz; cómo mi imaginación se eleva en la soledad a las más altas contemplaciones ansiando penetrar los arcanos del universo" (17). Más tarde incide sobre esta visión metafísica de la naturaleza la obra del Barón Alejandro de Humboldt, generando con alcance continental el tema.

Frente a un Arredondo quien también siente la necesidad de utilizar el paisaje natural en apoyo de los sentimientos religiosos —y más concretamente aún de una teología—, pero que lo hace echando mano al paisaje exótico del *Genio del Cristianismo* (18), Bilbao, bajo la mágica influencia de Humboldt (19), se fortifica en su ansia mística en la contemplación de lo que para él es el paisaje americano esencial: la cordillera de los Andes.

"¿Qué tenéis montañas —pregunta angustiado Bilbao— en vuestros abruptos perfiles para remover ciertos fundamentos misteriosos de mi ser?" (20).

El paisaje andino despierta en su alma sensible toda su pasión de inmortalidad y ansia de Dios:

"Libertad, gloria, amor; —nos dice trémulo— misteriosa comunión de los grandes espectáculos de la naturaleza; océano sombrío e indefinido; cordilleras nevadas colosales, cuyas líneas, masas, perfiles y acumulación de pirámides titánicas, presentan al espíritu las imágenes incorruptibles del heroísmo salvaje; . . . todo eso nos hace vagar despiertos en un sueño divino, como sonámbulos sublimes, sin ver los precipicios. Nos engolfamos en el océano del

(16) Véase Alejandro Korn, *Francisco Bilbao* y José Manuel Estrada, en *Obras Completas*, ed. Claridad, 1949, p. 190 y sgs.

(17) Esteban Echeverría, *Cartas a un amigo*, en *Obras Completas*, Buenos Aires, ed. Zamora, p. 520-521.

(18) Comunicación citada, parágrafos 4 y 13.

(19) Véase *El Evangelio americano*, ed. cit., pág. 73 y 79. Si bien la obra de Humboldt es anterior cronológicamente a los trabajos de Echeverría, Sarmiento, López, etc. en donde aparece el tema del paisaje, su influencia es posterior. Sarmiento comienza a divulgar su obra científica a partir de 1845 aproximadamente.

(20) *Biografía de Francisco Bilbao*, *Obras Completas*, citadas, p. LXXIII.

Ser, sin temor de perder nuestra personalidad y quisiéramos llenar la inmensidad con la palpitación del yo. No hay tiempo, no tenemos memoria, nos ha presentado su faz la Eternidad. La inmortalidad viviente nos hace a la muerte incomprensible. Nuestra vida es un presente que rebosa de un presentimiento de esplendor creciente e inagotable. Un soplo divino nos impulsa, y a él nos entregamos con confianza magnífica e inocente. No hay mal, no le conocemos, y pedimos tan sólo un acrecentamiento incesante de nuestro ser, una acción perpetua, infatigable y creadora. No hay miedo; es nuestra alma una epopeya fantástica que conmueve continentes, quizás el despertamiento de la revelación eterna. Vivimos una iluminación continuada, iluminando los objetos. En los valles de mi patria, asentados al pie de esa escala de los cielos que se llaman los Andes, cuántas veces no he contemplado ese cielo azul, profundo, centelleante y transparente como el seno de Dios, desfilando sus legiones luminosas por sobre sus cimas refulgentes, que me hacían creer que vivía en el corazón de la inmensidad visible, habitar los cielos, sentir el paraíso y respirar el éter inmortal...!" (21).

El paisaje sirve para poner al pensador en comunión con la divinidad y provoca en él la revelación de su libro interior.

La aparición del positivismo significará el límite del clima espiritualista dentro del cual, a pesar de sus radicales diferencias, se mueven hombres como Bilbao y Arredondo.

El surgimiento de la ciencia con investigadores y divulgadores como Flarentino Ameghino (1854-1911), totalmente ignorada por aquéllos, como así también del movimiento ideológico que origina, el científicismo, cambiarán la faz intelectual del país. Estos metafísicos, fuertemente propensos a la valoración del paisaje como elemento estético-religioso, resultarán totalmente extraños a las nuevas generaciones. Tradicionalismo y racionalismo deísta eran producto común de la conciencia romántica.

Mendoza, 9 de octubre de 1961.

Arturo Andrés Roig

(21) Lamennais como... etc., *Obras Completas*, citadas, p. 96-97.

I

Todo sigue su fin, menos el hombre.

§ 1. — Todo, a pesar de no pertenecer al mundo de las grandes ideas (1), cumple con las leyes que regulan las mansiones de la materia (2).

Sin embargo entre todos los seres que pueblan el globo, hay uno que por su majestad, su inteligencia, su ademán noble y esforzado, descuella entre todos y por esto es llamado el rey de la creación.

Este es el hombre.

El único ser que en la naturaleza piensa, el que es juez de sus acciones, el que nació con entera libertad, el que abarca el universo con una sola mirada, el que descubre los fenómenos (3) que se encierran tanto en el seno de la tierra cuanto en la extensión de los cielos y de los mares, es el que no sigue su fin, y por lo tanto no cumple su destino. . .

II

El origen del hombre

§ 2. — Voy a indagar sobre el origen del hombre. Para hacerlo forzo me será remontarme a la cuna del mundo. . .

Aunque para apoyarme en mi indagación, no descubro en lontananza más báculo que las primeras nociones dadas por el Legislador del pueblo Hebreo (4), sin embargo no arrojaremos de nosotros también lo que se desprende del aspecto fisiológico del hombre. . .

Interrogad al hombre sobre el origen de él.

(1) El "mundo de las grandes ideas", es decir, el de los filósofos. Sobre la contraposición de "filósofo" y "pensador", véase comunicación al 11º Congreso de Historia de Cuyo, § 27.

(2) ¿Aquí debe entenderse materia como sinónimo de creación?

(3) El hombre descubre los fenómenos pero no sus causas. La razón debe limitarse a la enumeración de aquéllos. Véase *La Verdad*, p. 294.

(4) Es decir Moisés, a quien se le atribuye la redacción del Génesis.

La contestación será: que si el hombre es un misterio, no lo es menor el origen de él (5).

Estas consideraciones que debieran detenerlo en los avances que hiciera contra todo lo que es para él incomprendible, guíalo más bien a la indiferencia.

Háblase de Dios y al no comprender sus atributos y no concebir su esencia, es un mito para él.

¿Pues, no hay quién afirme ser descendiente del orangután?

¿Y el orangután, será principio de sí mismo, teniendo él propio, la razón de su existencia?

¿No escucháis en los momentos de vuestra vida este raciocinio?

Más allá del hombre, no hay nada, así como más allá de los cielos está el vacío.

Pues, yo, digo:

Más allá de mí está el orangután, y más allá del cielo está el cielo mismo (6).

Si os parece buena la conclusión, tomadla, si os parece ridícula despreciadla.

¿Si no existe un Criador, cómo apareció la criatura; y si no hay una inteligencia infinita, cómo palpamos la inteligencia del hombre?

Yo, he juzgado siempre, que la comprensión no ha podido surgir de la incompreensión, que lo que no entiende, no piensa, no ha podido engendrar, lo que entiende y lo que piensa (7).

§ 3. — Por el hombre, ¿no percibís su origen divino?

En su mirada, ¿no le veís abarcar los cielos, y en el reflejo de ella escudriñar los inmensos archivos de la prolongada eternidad?...

Si me preguntan por qué estoy seguro de que mis principios sobre el origen del hombre son tan claros y que su evidencia no me engaña, contestaría: —que la maravillosa facilidad con que los descubro y que por sí mismos acuden a mi encuentro, es lo bastante para deducir mi origen divino (8)...

§ 4. — No han faltado ni faltan quienes rechacen estas verdades, empeñándose en volcar el origen del hombre en los brutos, en aquellos cuyo ángulo facial sobresale de los demás; pero dejémosles a esos y a la parte sensata de la humanidad, dejémosle el origen divino.

El hombre raciocina, darse cuenta de sus actos, ¿qué otro ser lo efectúa en el universo?

El hombre habla ¿y éste es descendiente de los brutos? (9)

(5) Ni la razón ni la fe nos ponen en posesión de todas las verdades. Las inalcanzables en este mundo (verdades del sepúlcro) constituyen el misterio. Véase la comunicación citada, § 14.

(6) Es decir que no hay efecto sin causa, cualquiera sea esta última.

(7) No sólo hay causa de todo, sino que además debe haber mayor perfección en la causa que en el efecto.

(8) Existe en el alma humana un núcleo de verdades innatas las que constituyen la **palabra interior**, en acuerdo perfecto con la **palabra exterior** portada por la tradición. Véase Comunicación citada, §§ 10-11 y Páginas Antropológicas & 4 in fine.

(9) Al ser la palabra un reflejo del verbo divino, posee dentro del tradicionalismo caracteres tales que la hacen el **razgo esencial del hombre**.

¿Acaso los siglos han podido efectuar tan extraño (sic) metamorfosis?

Si en los días de la creación, el fortuito concurso de las partes materiales han podido dar tan sorprendente resultado, ¿cómo es que los pueblos y las naciones en su larga peregrinación por los tiempos, no han presenciado este ejemplo?

Si el acaso guiara las riendas del universo, como guiara el origen del hombre, ¿por qué no vemos alzarse alguna vez hombres que desmientan el ser forjados en el *molde* de la humanidad?(10). . .

Al afirmar que el origen del hombre es divino, es porque mi corazón no me engaña, porque veo una relación necesaria entre aquello que tiene una idea clara mi corazón y la verdad de la cosa que se presenta de este modo a mi misma razón.

Mi inteligencia tiene idea clara de otra inteligencia matriz, y para tener ésta, y percibir la relación que exista entre ambas inteligencias, es forzoso que:

El origen del hombre sea divino.

III

El hombre: su pasado

§ 5. — ¿Quién es entonces el que muestra tan evidentes señales de ser un destello de luz increada, una purísima emanación de la eterna sabiduría?

Es el hombre, es el fanal que iluminando los siglos hállase colocado en el centro de las relaciones que presenta la armonía del universo. . .

Tras de su majestad, descúbrese algo de indescifrable; y tras rápidos movimientos de impaciencia, pronosticase algo de lamentable para su descendencia.

En el universo moral, el hombre no percibe el alto grado que en la escala de los seres (11) le fue concedido.

No descubre las relaciones que lo enlazan a tantas y tan variadas esencias, y aunque de vuelo pudiera remontarse hasta el principio de donde todas emanan, no quiere levantarse sobre lo que le ofrecen los vicios. . .

Arrastrado por la pendiente de la rebelión en cayendo en brazos de las pasiones, levántase en contra de su Dios, y al hacerlo, da paso al infortunio, patrimonio de los que le han de suceder.

¡Cayó el hombre!

¡Descendió de la cumbre de su poder!

En su caída arrastró la gloria de la naturaleza y la dignidad de la especie humana.

(10) Las cosas son desde la eternidad en función del molde o forma que de ellas hay en la conciencia divina. Este platonismo tiene un antecedente en las ideas científicas de Buffon.

(11) Esta "escala de los seres" es entendida sobre la base de la teoría de la inmutabilidad de las especies.

IV

El hombre: su principio

§ 6. — Si penetramos en el fondo de nuestra alma, para guiarnos por una luz divina que esparce sus resplandores en el santuario de ella, nos conducirá a un mundo cuyos confines no alcanzáramos.

Ante ella confundirás el hombre, cual confúndese el pirrónico a vista del universo.

En el medio de una claridad sin límites, bogará en espantosa oscuridad.

Pero esto sucederá a aquel que, saliéndose de Dios, quiere remontarse al hombre...

Y aunque cónstete por experiencia que estrelláronse en vano también los filósofos de la antigüedad (12), quiere cual otro Fichte abismarse en fútiles cavilaciones (13).

Del mundo de sus abstracciones, resucitará una gigantesca sombra que, dando principio en el punto de sus observaciones, acabará por erguir su cabeza hasta el cielo, y ocultar sus pies en el abismo.

Forjará un ser que lo juzgará creado por sí propio, y que absorbiéndolo todo, revelará a su conciencia como una de las infinitas fases que comparten la existencia infinita.

Batallará, y en medio de su descomunal pretensión, descorrerá ante sus ojos el prisma que lo ocultaba, para dar paso al Monstruo que el crítico de Verona pinta con variados colores.

Buscar las ideas infinitas en las finitas, es un absurdo; es buscar un carácter de imprenta, arrojado de antemano a la inmensidad del océano.

Contener la infinidad en la finidad, es contener en una pequeña copa las aguas que están agolpadas sobre la esfera.

Es hacer que un cuerpo humano contenga en su centro a Dios, cuyos atributos, prolongarán más allá de los horizontes de los mundos que pudiésemos imaginar (14).

En tal estado, olvida su principio, oscurece el origen que ha tenido, y en vez de razonar exento de toda pretensión, júzgase creador de sí mismo.

§ 7. — Aunque la ciencia filosófica, encargada de descorrer el velo de las sublimes verdades, fijárale el límite a sus conocimientos, persiste él en sobreponerse a todo (15).

(12) Entre los filósofos antiguos que se han estrellado en vano, se cuentan "los Platones, Zenones, Aristóteles y Sénecas...". "La enfermedad de estos filósofos fue el orgullo...". *La Verdad*, p. 254.

(13) El rechazo de Fichte, como el representante del idealismo llevado a la máxima "extravagancia", se encuentra en Cousin, *Introduction a l'histoire de la philosophie*, París, Didier 1862, p. 237 y en Balmes *Filosofía elemental*, Barnier Hnos., París s/f., p. 585. Ambos autores han sido fuentes del espiritualismo argentino de la época.

(14) En contraposición evidente con este razonamiento, Bilbao dice: "Dios... nos ha dado un cráneo donde cabe la inmensidad" *Sociabilidad chilena*, Obras Completas, p. 18-19).

(15) Las "sublimes verdades" o "verdades de más allá del sepulcro" son el por qué de la creación y el destino del hombre. Véase *La Verdad*, p. 61-65 y nuestra Comunicación ya citada, § 14.

En vano su mismo ser se le aparecerá como arcano incomprendible, él quiere penetrar en el fondo del por qué de las cosas.

El cree estar en posesión de lo más inconcebible.

La voz que en su interior álzase para condenar su extravío, y que se le presenta como barrera impenetrable, en nada lo detiene.

Las nociones que le suministran los hombres dados para sondear arcanos (16), júzgalas cual mitológicos partos compuestos de elementos heterogéneos que hállanse en constante pugna con la decantada ilustración del siglo...

Del hombre, su principio, será negar todo lo concerniente a las verdades eternas, más, verase condenado a escuchar hondos gemidos, a presenciar sus restos enterrados en sus propias ruinas, y a estremecerse al escuchar el sordo rumor del sepulcro.

A fuerza de contradicciones tendrá que abandonar su principio, antes que éste tenga fin en su incredulidad.

Entonces, cual voz que arrojara el Eterno, desde el corazón de sus montañas, pasmado escuchará: —el principio del hombre, tenía que pertenecer al hombre, y éste, a su Creador.

V

El hombre: su fin

§ 8. — No pretendemos buscar un primer principio que, iluminándonos en el discurso de la vida, pónganos en conocimiento de todas las verdades; porque éste, no nos será dado hallarlo, ni en el mundo ideal, ni en el intelectual tampoco (17).

En vano asaltaránnos deslumbradoras teorías que, en la antigüedad causaron más ruido que la desaparición de populosas ciudades; en vano eminentes genios rasgarán con sus pensamientos las brumas que ocultan el horizonte de las ciencias; en vano tratarásenos de señalar una ruta trazada en la oscuridad de los siglos, nosotros sólo volveremos los ojos hacia la eternidad.

Llamarase, quizá, a esto desmedida pretensión; pero en el oscuro laberinto de las creencias, sólo vislumbraremos una luz que, hace brillar el polo con celestes esplendores.

Ella es la que ahuyenta toda incertidumbre que pudiera asaltar el corazón, y a semejanza de la columna de fuego que guiaba al pueblo escogido, aquesta guíanos en nuestras divagaciones.

¡Ay del hombre que al recapacitar sobre su pensamiento, confundiéndose a sí mismo, no se remonta a otro pensamiento, cuyo principio no se le haya podido imaginar ni concebir!

§ 9. — Si en la infancia, los primeros impulsos del corazón no fueron

(16) Los profetas y en general "el anciano". Véase *La Verdad*, p. 71-75.

(17) Sólo existen los principios innatos sobre los que trabaja la razón filosofante (la otra razón es la enumerativa o de las ciencias naturales). Estos principios, denominados "tribunal de la razón" nos permiten alcanzar algunas verdades fundamentales. Véase *Comunicación citada* § 13 in fine.

temperados por la influencia de una religión pura, el hombre verase condenado a sufrir los mayores extravíos (18).

A esto débese que la ilustración en algunos siglos haya seguido una errante senda, y en lugar de ser antorcha que brillara en la cadena del tiempo, fue oscuridad que envolvió el horizonte mismo (19).

Vióse el hombre en brazos de las pasiones, y tras de ellas, en la incredulidad.

Es la conclusión que siguiera a las premisas. El hombre olvidó su fin por no haber radicado en el alma, el principio de otra existencia, por no haber legado a las generaciones la creencia en Dios, premiado de los buenos y castigador de los malos.

La primer enseñanza, las primeras nociones que se reciben en la niñez, son de trascendentales consecuencias, y los funestos resultados que de ellas pueden dimanar, débense a los padres.

Estos deben guiar a los hijos por los caminos de la virtud, apartándolos del vicio, deben aleccionarlos sobre el fin, que sea comprendido por ellos, y si esto se hubiese efectuado en los pasados tiempos, no se lamentaran tantos descarríos.

§ 10. — Entonces, el hombre del pasado, el del presente, no fuera su fin guiarnos a la incredulidad; y el mundo, no presenciara tan estupendas y monstruosas aberraciones.

Pero este desaparecerá, y el fin del hombre, tan mal interpretado por él, será olvidado por el mismo hombre, porque su fin, al guiarnos fuera de Dios, no es más que para labrar la dislocación en la humanidad.

¡Tal es el fin del hombre!

VI

El hombre: sus sentimientos

§ 11. — Sondear los sentimientos del hombre, imposible.

Aunarlos con los sagrados deberes que el Creador le impuso sobre la tierra, difícil.

Labrar en ellos una completa transformación, hasta el perfeccionamiento de la abstracción, obra colosal y portentosa.

El espíritu humano, parece no existir para contemplarse a sí mismo; para pensar que piensa; por eso los sentimientos hánsele concedido no para objeto de reflexión, sino para impulso que le conduzca hacia donde es llamado.

En el torbellino de las pasiones, los sentimientos conducen al hombre a los mayores extravíos.

Apenas procediera a efectuar alguna acción que lleve en sí misma gra-

(18) El hecho de que la razón filosofante, sobre la base del principio innato que dice que no puede haber mayor perfección en el efecto que en la causa, deduzca una inteligencia infinita, no es suficiente. Debe la fe acudir en ayuda de la razón.

(19) Cfr. Páginas antropológicas, § 33 y sgs.

bado el sello de la moralidad o del bienestar a sus semejantes, cuando siente ya una especie de repugnancia, que dominándolo, apártalo de su propósito.

En la contemplación de los sentimientos jamás los admiraremos en conformidad con lo que nos preceptuara la inteligencia.

Parece habérsenos dado estos alicientes del ser, no para que sus impulsos redunden en beneficio de la humanidad, sino para que abiertamente se opongan a cuanto aquello que reunido puede completar nuestra dicha (20).

§ 12. — El alma, sin esos adornos que hácenla mirar no con indiferencia las desgracias que aquejan a la horfandad y a la miseria, fuera un árido desierto, donde ella con sus reflexiones, no se remontara hasta el instante de su creación.

Más así cual se encuentra, en un florido vergel, donde los perfumes que exhala formando caprichosas espirales, álzanse para internarse y perderse en desconocidas regiones.

Son para ellos los sentimientos, lo que fuera el éter a la luz, lo que el cisne a la pluma, lo que el viento a la tempestad, lo que el estampido al trueno (sic) y lo que el bramido a las olas.

Sin ellos, no fuera el objeto de la abstracción del metafísico; de las investigaciones del filósofo y de las contemplaciones del teólogo.

Sin ellos, Pitágoras, esa luz de la antigüedad, no se hubiera extasiado al escuchar el sonido del yunque y del martillo; no hubiera experimentado el inexplicable contento al vislumbrar el fondo de sus continuas y serias cavilaciones, las galas de la creación.

El espíritu, con sus sentimientos, aseméjase a una deliciosa ribera sembrada de verdes florestas.

Un informe conjunto, fuera sin ellos, donde ni la más pequeña huella designara la mano del Creador.

§ 13. — Los sistemas filosóficos de todos los tiempos, han sido insuficientes para explicar los fenómenos del sentimiento.

Si a todos esos genios, que en alas de su inteligencia paseaban los frescos espacios de la noche, a imitación de la tibia mensajera de los cielos, les preguntáramos, para qué les fueron dados los sentimientos, estamos seguros que vacilarían en la respuesta.

¿Por qué?

Por haberlos sentido ellos mismos desempeñar el rol (sic) distinto a la misión que se les confiara en el mundo.

Acaso, ¿habránsenos dado para extraviarnos en las sendas de la vida?

Esto, no se puede concebir; porque Dios es veraz; él no ha podido engañarnos; no ha podido complacerse en hacernos víctimas de malas acciones.

(20) A pesar del pesimismo con que nuestro autor habla de la naturaleza humana corrompida por el pecado, aquí y en otros pasajes de sus obras, no llega a la actitud misantrópica de Don Manuel A. Sáez (Véase nuestro trabajo *El pensamiento de Don Manuel Antonio Sáez*, Mendoza, ed. del Instituto de Estudios Políticos y Sociales, 1960, *Palabras liminares* pp. XXI-XXII y *Antología* § 49). Más adelante (§ 24 y 25) se verá cómo no pierde Arredondo la confianza en la recuperación del hombre en virtud de sus sentimientos y su inteligencia.

§ 14. — ¿En dónde, pues, estribará el cimiento de este al parecer total desquicio en los sentimientos?

¿Fuera quizá en los perniciosos ejemplos que nos suministraron los que nos dieron el ser?

No.

¿Fuera en la escasez del perfeccionamiento social?

Tampoco.

¿Fuera acaso en los doblados consejos de la que nos reclinara en su maternal regazo?

No es posible creerlo, ni menos imaginarlo.

¿En qué, pues?

A nuestro juicio estuviera en la herencia que nos legara el primer padre. Así como él, desde el instante en que se decidió a tremolar el estandarte de rebelión en contra de su Dios, vio los sentimientos alzarse en el interior de su espíritu, así nosotros, desde que se columpian nuestras cunas, vemoslos sobreponerse a cuanto podemos imaginar.

§ 15. — Preguntar si llegará un día en que nos sea fácil dominarlos, es proponer una cuestión tan absurda como el preguntar, si llegará Dios a criar en el transcurso de los siglos, el espíritu sin estos alicientes.

¿Qué resultaría de esto?

Desaparecería la caridad y su lugar ocuparía la indiferencia.

La muerte de un ser, veríamosla con impasibilidad; y en el aquejamiento de los males a nuestros semejantes, nos alegraríamos en lugar de entristecernos (21).

Las artes perderían su belleza y no fuéramos entonces capaces de distinguir aquello que reuniendo el principio con el medio, y éste con el fin, forma un conjunto bello y armonioso.

La serie de conocimientos humanos, se desmoronaría, y el hombre, en la naturaleza, encontraría más de una vez aislado; porque sólo distinguiría aquello que los objetos tienen de pasible.

Los sentimientos no pueden excluirse de la naturaleza; así es que al arrebatarnos tras los ímpetus de los mismos, debemos para evitarlo, empezar el refrenamiento de ellos, en la edad en que todavía no ejercen su destructora influencia.

Esperar adelante, es naufragar al embate de los mismos.

En este criminal descuido, cifran ellos su triunfo.

Por eso vémonos descarriados; por eso nos sumimos en vergozosos vicios; por eso tantas veces abandonamos a los seres que reclaman de nosotros la protección; por eso, en fin, nos alejan más y más de nuestro Creador.

§ 16. — Toquemos a las puertas del espíritu, fijémonos en la profundidad de sus acciones, recorramos todos los ámbitos de ellos y reconocidos éstos, restrinjamos entonces los sentimientos que nos conduzcan fuera de los mismos.

Nos habremos salvado, y los sentimientos parecerán habérsenos dado

(21) En verdad la indiferencia nos privaría incluso de este sentimiento de la alegría ante el mal.

para agradar más a Dios, y no para entablar la enemistad entre él y nosotros.

Otra fuera la misión de los sentimientos, y el hombre en lugar de exclamar hánseme dado los sentimientos para efectuar mi desdicha, exclamará:

—Los sentimientos fuéronme dados para sentir y amar, para conocer a Dios, y para hacer mi felicidad sobre la tierra.

VII

El hombre: su inteligencia.

§ 17. — Tracemos algunas breves consideraciones sobre la inteligencia; sobre esa facultad que nos elevara a la altura del pensamiento del Altísimo.

Aunque no existiesen más pruebas que ésta de la existencia del Creador, fuera lo bastante para cerciorarnos de ella.

Los medios, de cómo se encontrara ésta en nuestro cuerpo, y de los que se valió el autor de ella para soplarla en él, no importa inquirirlos; cuando su acción sentímosla tan de cerca.

El hombre, al sentir los efectos de una facultad, cuya parte moral hallárase completamente prescindente de la parte material, no revuelve (22) la observación sobre la ingeniosa correspondencia establecida entre las impresiones del cuerpo y las afecciones del alma, sino sobre las sutilezas que han de servirle para la total negación de su espíritu y para la total carencia de todo aquello que vislumbre no pertenecer a la materia.

Puesto en relación con el mundo exterior, y comprendiendo cuántos objetos lo forman, no fuera hombre, si no tratase de oscurecer aquello que pudiera elevarlo sobre la altura de las sensaciones.

El, no sólo sabe que siente, sino que piensa; y en vez de reflexionar sobre la combinación de impresiones que experimenta, hiciéralo sólo para extraviarse en el discurso de la vida.

Más, al hacer esto, no lo comprende; ni se diera tampoco cuenta de ello; pues tales son las aberraciones que la humanidad sufriera en la dilatada serie de los siglos.

§ 18. — Si nos propusiéramos distraernos corriendo el velo que oculta tras de sus pliegues a las pasadas edades al presenciar en la escena lo que aconteciera en ellas, sin duda nos disgustaríamos.

No podríamos concebir, cómo los más allegados a las sorprendentes maravillas de la creación, aquellos a quienes se les ofrecieron con toda claridad las espaciosas llanuras con sus vírgenes campiñas y sus esmaltadas praderas, con sus bajas colinas, que ora formaban aislados montecillos, ora caprichosas lomas que aplanándose en varias direcciones o levantándose gradualmente llegaban a entroncarse con encumbradas montañas, legaron a la posteridad el patrimonio de la incredulidad.

(22) Es decir que no atiende a la "ingeniosa correspondencia establecida" entre el alma y el cuerpo, y sólo se interesa por lo que niegue a la primera.

El hombre, ¿cómo ha separado su inteligencia de los caminos de la eternidad?

Para los que existimos lejos de la infancia del mundo, para los que no hemos presenciado el susurro de la brisa recorriendo y embalsamando con su álito las vírgenes florestas, es un misterio.

Misterio, que al recapacitar sobre él, hiciérase cada vez más incomprendible.

Sech, erigiendo las columnas para perpetuar en ellas las primitivas observaciones sobre la creación, suministra un testimonio del no descarrío todavía de la inteligencia.

El mismo, historiando la cándida nubecilla que surgiendo del Fisón, alzábase lentamente por los espacios, hiciera remontarnos a las serenas regiones do habitara la primer inteligencia que adelantándose a los siglos, creara su denominación.

Pero Enoch, echando los cimientos de su memorable ciudad, trázanos el descarrío de la misma; y la corrupción, sorprendiendo quizá por vez primera a la humanidad.

Babel, osando sobreponerse a los espacios, entronizó la soberbia sobre la humanidad; más el Legislador del pueblo Hebreo, retirándose de sus legiones para poblar algún tiempo el interior de las selvas, alzárase sobre el mundo.

§ 19. — ¿Cómo se extraviara entonces la inteligencia?

El problema parece de difícil solución; y marcar el instante de su apartamiento, juzgámoslo aun más arduo todavía.

Si es posible buscar el descarrío de ella en el desfogue de las pasiones, su principio túvole en el Paraíso.

Si fuésemos a partir del punto de la criminalidad, encontraríamoslo en las llanuras de Semnaar, donde por vez primera se derramó la sangre del justo.

El paganismo con sus monstruosidades, fue solo una reminiscencia de la escena del jardín de delicias llevada al colmo de su perfeccionamiento; y cuando sus fanáticos magistrados deponían hecatombes de restos humanos ante las aras de sus divinidades fuera un recuerdo del sangriento espectáculo que presenciaron los campos llenos de lágrimas.

Nuestra confusión crece a medida que lanzamos una retrospectiva mirada hacia el pasado preñado de oscuras nieblas; y en el confín de su horizonte, no vislumbramos un astro que marque la ruta de sus esfuerzos.

Designar con fijeza, presentar sin incertidumbres la base donde gravita el desdoro de las facultades humanas, escápase a nuestros alcances.

Y si no trácese un punto en la historia que sirva de partida.

§ 20. — Antes que las cataratas celestiales se desbordasen sobre el mundo, toda inteligencia había extraviado sus caminos; y después que el espíritu de Dios fue conducido sobre las aguas para vivificar en las creencias a la posteridad, siguió los mismos senderos.

No es posible lanzar el anatema sobre tal o cual nación, sobre tal o cual pueblo, para hacerlo solidario de sus descarríos por cuanto no se sabe con fijeza si ellos han sido o no la causa.

Escudriñad los códices antiguos, leed en las tablas, interpretad los

jeroglíficos, traducid las inscripciones, y tanto los unos como las otras, os dirán que la inteligencia, en el colmo de su delirio, negó la inteligencia infinita; pero no os dirá cuál fue el primero que tomó asiento en la cátedra de la incredulidad.

Nosotros, a semejanza de aquellos benéficos genios que florecieron en todas edades para lamentar ese descarrío, derramaremos lágrimas sobre tantos infortunios; más no responsabilizaremos a Voltaire, Rousseau y a Volney de las extravagantes teorías que nos legaron sobre la inteligencia.

Empapados en ellas los pueblos, fueron insensiblemente presintiendo los accesos de un total desequilibrio. Ese letal veneno, infiltrándose en las arterias, al par que viera desaparecer toda afección, todo conocimiento del orden sobrenatural, labrara la ruina de la humanidad.

§ 21. — Reparemos con anterioridad tan funestos y trascendentales vaticinios, y la inteligencia desempeñando el rol (sic) para que fuera criada, perdiendo tan infortunados ropajes, ocupará el lugar que estuviérale designado en la creación. Remontaráse a la eternidad, y desplegando por ella sus alas, vendrá en conocimiento de lo que hasta ahora le ha sido vedado, y salvando esas barreras, penetrará en el por qué de las cosas (23); y esa luz, siendo la luz de la inmortalidad, alumbrará todo laberinto, apartando de él toda oscuridad.

Entonces, aunque no podamos aseverar cuándo se extravió por los carriles del mundo, podremos decir:

La inteligencia se descarrío; pero ese descarrío fue reparado al fin por la humanidad.

VIII

El hombre: a qué lo impulsa su inteligencia

§ 22. — Siempre de los vicios, el hombre busca aquello que tuvieran mejor.

Los filósofos de todos los siglos, hállanse conformes sobre este particular.

Aunque en rauda vuelo, las alas del pensamiento despliéguense entre las brumas de una aciaga edad, allí, en aquellos espacios preñados de oscuridad, encontraremos al hombre divagando tras el bello ideal que los vicios presentan a su vista.

En la contemplación de las lágrimas que la humanidad ha derramado sobre los estragos que hicieran, parecieran ser el resultado del organismo del hombre.

Por eso el Supremo Ser estableció en el fondo del corazón un tribu-

(23) Véase las notas 15 y 17. El por qué de las cosas pertenece a las verdades de más allá del sepulcro.

nal que juzgase sobre los actos humanos (24), reservándose para él la sentencia, en el último día del mundo para aquel que desaparezca.

El hombre al correr en pos de unos vicios que no sólo degradan su misión que se le confiara, sino que también precipitan su paso hacia el sepulcro, quisiera tener en sus manos la eternidad, para prolongar su existencia.

Mas esto no le es dado; y por eso vémosle corroído por el gusano de las pasiones, antes de llegar muchas veces a la primavera de la vida.

En el sendero trazado por la adolescencia, no extiende su conformidad a labrar su infelicidad (25), sino que prolongala a sus semejantes.

En tal estado, goza al ver que la desgracia y la fatalidad, persiguen por su causa algún ser que arrebatado de los goces del hogar, lamenta lejos de él sus desconsoladores infortunios.

§ 23. — Cuando el corazón humano se corrompe, es objeto de los mayores extravíos.

Es capaz él solo de hacer más daño y causar más perjuicios a la humanidad, que las desmedidas pretensiones de tantos déspotas que en las pasadas edades pulularon en el cielo de las naciones.

Sin remontarnos a tan desmesurada altura, en que la vista piérdese allá por la inmensidad, encontraríamos suficientes aserciones para probar esta verdad.

Escollos mil hicieron naufragar de continuo (sic) a la humanidad en el turbulento océano de la vida; y el enfurecido Noto, arreciando la tempestad, acarreará cada vez más nubes sobre el horizonte de élla.

Nosotros, al hojear la historia de los continuados reveses de la fortuna, hemos podido ver los sobresaltos a que se vió condenado el linaje humano en tiempos aun no muy lejanos a los nuestros.

Sin embargo, un consuelo viene a resarcir tanto desasociado, tanta alternativa; y ese consuelo, fuera la tendencia que tuviera la inteligencia a salvar al hombre de las peripecias de los pueblos y de las sociedades.

§ 24. — El hombre, puede hallarse sin faro que lo guíe en el medio de sus pasiones, puede ser juguete por largos años de las mismas, mas llega un instante en que recapacita, y entonces su inteligencia, impúlsalo a los caminos de la felicidad.

En el medio de unos placeres que debieranlo tener divorciado con su Creador, y que osan borrar en su memoria el "más allá" que le espera, acuérdase de su principio.

Aunque sutilizados sus sentidos por el continuo uso de ellos, de cuando en cuando no se olvida de lo que es; y quisiera que la virtud, batiese sus alas sobre su existencia.

El quisiera no leer en las paredes de su aposento funestos caracteres; quisiera recorrer la soledad y que ésta no le espantara, quisiera vogar (sic) alrededor de los sepulcros y éstos no le causaran horror; quisiera hacer desgraciados todos los seres y que éstos no se levantaran al pie de su lecho cual espec-

(24) Ya notamos el alcance de este "tribunal de la razón" el que debe ser relacionado estrechamente al innatismo de Arredondo. Véase nota 17.

(25) Es decir: no se conforma con labrar su propia infelicidad.

tros sanguinarios; pero no consiguiéndolo, abate la profunda consideración de una esencia divina (26).

En el tenebroso laberinto de sus reflexiones, procura retratarse en ese espejo purísimo, cual se retratará la tibia mensajera de los cielos en el terso cristal de una límpida corriente.

Ahoga en el fondo del alma los latidos que en otro tiempo deslumbraron, y ocultando el pasado, sólo recuerda el presente.

Avergüenzase al encontrar a un amigo, confidente de sus pasadas orgías, y en el encuentro procura hacerse indiferente.

Huye de aquellos lugares que presenciaron sus desvíos; para que una ardiente lágrima que calcine sus mejillas, sea la expiación de aquellos.

¿Y por qué tan repentino cambio?

Es que la inteligencia recobrando su vigor, púsose en el pleno goce de sus derechos.

Entró de lleno en el sendero de la eternidad, diciendo al hombre: --Sígueme por él, obtuve el triunfo sobre tu ofuscación.

§ 25. — En la naturaleza del ser, está radicada la otra vida.

Cuanto hiciera el hombre por obscurecerla, son accidentes de sus desordenadas pasiones que arrójanlo a una resbaladiza pendiente tejida de enormes crímenes.

La inteligencia como radiante estrella en los espacios de la humanidad, siempre lo impulsará hacia las vías de la inmortalidad.

Como inteligencia, buscará la inteligencia creadora a despecho de las pretensiones del hombre.

IX

El hombre: naturales tendencias hacia el Cristianismo

§ 26. — Abrese un ancho campo a nuestras investigaciones. Inquirir allá en la naturaleza del hombre el desarrollo de ella; y hacia qué religión convergen sus primeros impulsos.

Empresa harto difícil para el que pretende sondear arcanos casi incomprendibles para la inteligencia, sin más alcances que su buena disposición y algunas observaciones hechas en el silencio de un albergue algún tanto contraído a las ciencias.

Pero al hojear la historia, al ver enumeradas en élla las alternativas que han sufrido las sociedades, hemos podido distinguir al través de las mismas, que el hombre, aunque alejado desde su infancia de toda religión, el aire de la felicidad atráelo a gozar del ambiente que el cristianismo embalsama con sus perfumes...

(26) Es decir, que al no conseguirlo, reconoce la existencia de Dios.

X

El hombre: qué debe ser

§ 27. — El alma, según las conclusiones que se deducen de nuestras observaciones, es una imagen de la inteligencia infinita.

En la progresión de las ideas, remontámonos hasta ese foco de luz, de donde el hombre hiciera surgir todas sus inspiraciones; y de donde éste, tomara cuántas nociones tuviera sobre la eternidad.

Cuando al frente de la escala de los seres, vémosle girar alrededor del sol en la revolución de los mundos, nos cercioramos que su pensamiento no es obra del acaso; que más arriba de él existe otro que desde el momento de su existencia, dótalo con las facultades que necesita para percibir el rol (sic) que debe desempeñar en la creación.

No necesita volver sus ojos hacia las tinieblas que envuelven el pasado; ni menos traer a la memoria las creencias de los que lo poblaron, pensar sobre sí mismo, bástale para despertar el letargo en que yace (27).

El es un misterio, tanto más impenetrable cuanto se aleje de aquellos presentimientos que asaltaron su espíritu.

§ 28. — Apenas llega a la edad en que pueda ya consagrarse a las ciencias y es sorprendido por esa comunidad de razón entre los hombres, de todas las naciones, de todos los pueblos y de todos los siglos; comunidad que por sí sola remóntalo más allá de la cuna de su nacimiento y más allá del sepulcro donde concluye su ser.

Al tropezar con la admirable unidad que resalta en el centro de tanta variedad y que sirve de acuerdo fundamental que prevalece a la diversidad y contradicción de opiniones, suminístrale una evidente prueba de que el alma humana tiene un fondo común (28).

Y en verdad, ¿qué resultaría si no existiese un Creador, autor y conservador de todas las almas?

Informes conjuntos aparecerían oscureciendo esta verdad.

No existiría tan inalterable acierto en la naturaleza.

El admirable orden que reina en el mundo moral, esa especie de reprobación a todos los actos que no están en conformidad con él, tampoco tendrían lugar.

Desaparecería el asentimiento a las verdades necesarias.

Preguntar ahora si todo existe, fuera lo mismo que preguntar si la razón existe, si existimos nosotros también.

No querer reconocerlo, fuera rechazar el testimonio de la conciencia que nos asegura de todo en el fondo de nuestra alma.

Todos los esfuerzos para su negación serán impotentes; pues todo lo

(27) Pasaje éste que no implica rechazo u olvido de la tradición, tanto en su forma de **palabra antigua** como de **palabra nueva** o cristiana, temas desarrollados ampliamente en **La Verdad**.

(28) Lejos de caer en el exceso racionalista y en modo semejante a la "razón impersonal" de Cousin, expresa aquí Arredondo su innatismo.

que experimentamos en la parte espiritual, es impuesto por una convicción irresistible que nos ha dado la naturaleza.

§ 29. — Ahora bien: al reconocer tales fenómenos superiores a la materialidad y que bullen como en efervescencia en el interior, ¿a dónde dirigiremos el paso en tan intrincado laberinto?

¿Hacia la ciencia?

Creemos que sí; porque constituyendo ésta la colección de hechos sacados de la experiencia (29), ella nos guiará hacia donde debemos de converger en nuestros movimientos.

¿Pero de la ciencia asevérase haber extraviado a muchos? No.

La verdadera ciencia tiene por objeto a Dios, y por límite la infinita sabiduría del mismo Dios, que es por esencia la misma ciencia; y el sabio tiénelo siempre por norte de sus intelectuales esfuerzos.

§ 30. — Si alguien creyéndose sabio, extravióse en los senderos de la humanidad, su ciencia era falsa.

Los más sublimes arranques de Voltaire fueron debidos a la religión.

Racine ha sido poeta porque era cristiano.

Malebranche fue un profundo pensador porque creía verlo todo por medio de Dios.

Descartes hizo tan espantosa revolución, por sus religiosas creencias; y Bossuet, no hubiese sido tan grande, si no hubiese descollado en la Iglesia del Señor.

§ 31. — Luego entonces ¿qué debe ser el hombre?

Cristiano; no tanto para el sacerdocio que desempeña cuanto para la vida de *ultratumba* que por su existencia está forzado a sufrir.

Las ilusiones se desvanecen al borde del sepulcro; y ¡ay! de aquel que penetre por las inmensas bóvedas de la eternidad llevando en pos de sí los fantasmas de la vida.

¡Ay! de aquel que al cerrar sus ojos a la luz, al perder el brillo que los distinguiera no arroja lejos de sí las terrenales vestiduras para recibir las de la gracia.

Al orear nuestra frente las brisas de las eternas florestas, el viento de la adversidad con su atronador zumbido, no resonará ya en nuestros oídos.

Entonces nos alegraremos de haber sido lo que el hombre debe ser: Cristiano...

XI

Treno del pensador en su soledad

§ 32. — La pasajera brisa, en sus vaporosas alas conduce al través de los espacios el lastimero arrullo de una solitaria tortolita.

Posada sobre las ramas de un corpulento sauce que doblega su ancha

(29) A pesar de esta referencia a la experiencia y de haber dicho en un comienzo que no despreciaría los datos proporcionados por la fisiología, la ciencia de Arredondo se mantiene siempre dentro de los límites de la teología.

copa al borde de un lago, representa el infeliz estado del bardo que la contempla.

Ella, al verse privada del compañero que compartiera a su lado la penalidad de la vida, creyórase la más desgraciada.

Pero ¡ay! si fuera capaz de comprender mi sentimiento no se juzgara de ese modo.

Es verdad que, expuesta a los rigores de una despiadada estación, sufre las alternativas de élla; pero también su patria, es la extensión de los cielos y su albergue la copa de los más empinados arbustos.

Privado, yo, entanto, de esa amplia libertad, no sólo habito entre las áridas rócás del desierto, sino que también sufro los envenenados tiros de la maledicencia.

Nada de esto padece y se queja.

Si es que sus endechas son matizadas con lágrimas, no le faltará quien las enjague; porque el instinto de las aves es más compasivo que la inteligencia de la humanidad.

Si ansía espantosa soledad para dar rienda suelta a su quejumbroso llanto, tiene alas para ir en pos de ella aunque el viento de la adversidad séale contrario; y allí apenas tomara una posesión, cuando mil compañeros con sus caricias haránle llevadero su dolor.

Si yo lloro, mis lágrimas servirán para que se me tilde de hipócrita; si quiero dejar que se trasluzca el quebranto, no hay quien recoja mi suspiro.

¿Por qué entonces te quejas tortolilla? ¿No ves que hay seres más desdichados que tú?

El aire es la región de libertad y contento.

El mundo es la de la esclavitud y del llanto.

Allí encuéntrase la fidelidad y el amor, aquí la inconstancia y la perfidia.

Te juzgas desventurada; pero si el que te dió esas plumas para traspasar el aire, hubiérate dotado de comprensión y discernimiento, creyéraste la más afortunada.

Lloras, en cambio tu lloro acompaña de otro.

Suspiras, y el aire repite otro melancólico suspiro cual el tuyo.

Si buscas el lecho de pajas secas, encuéntraslo abrigado porque una fiel ternura espérate por compañía.

En el mundo, en este oasis, donde el ser habita, no encuéntrase el descanso, carece de eso.

Al lloro sucede el algazara (sic); al suspirar, la burla; a la dulzura del lecho, el finjimiento, el engaño, la falsía.

Si fuérame dado cambiar mi situación por la tuya, no lanzara gemidos, en tanto tú lloras en la copa del sauce retratándote en el lago.

No llores tortolilla, deja de lamentarte, que al pie del tronco que sostiene las ramas donde lloras, llora un ser infortunado que no tiene a quien confiar su lloro, su gemir, su quebranto (30).

(30) Esta página cuyo título es nuestro, refleja el paisaje butático de los escritos literarios de Monseñor Arredondo, como así también su alma atribulada, movida por auténticos sentimientos.

El siglo XIX

§ 33. — Los filósofos y los liberales, esos hombres que pretenden no quedarse rezagados en el camino de la ciencia, afirman que el siglo XIX es el siglo de la ilustración, el siglo de la luz.

Pero el observador colocado en alto puesto que domine la humanidad, descubrirá en vez de ilustración, ignorancia, en lugar de luz, tinieblas.

Porque este siglo, en las escenas prehistóricas y legendarias de cuarenta siglos, que dan principio en el puñal ensangrentado de Caín y expiran en la acerada lanza del guerrero irreligioso, no es un punto, es un paréntesis.

§ 34. — Es algo que necesita explicación.

Ilustrar, es dar al entendimiento luz para que éste guíe al hombre en el progreso de la vía moral y material de la vida.

Luz, claridad que nos descubre los objetos; resplandor que ilumina el ser más allá de la vida.

Ventana por donde el alma ve el último fin y que asomada a ella, descubre los misteriosos senderos de la prolongada eternidad.

Ilustración — Sabiduría — Luz — Conocimiento.

§ 35. — Ahora bien.

¿A qué se llama ilustración en este siglo?

¿No es a la negación de todo, a la carencia de fe?

¿Qué es lo que se tiene por luz?

¿No es el total oscurecimiento de la verdad?

¿Se le podrá entonces apellidar, siglo ilustrado y sabio por excelencia? (31).

Según las palabras del sabio, no.

Porque el principio de la sabiduría es el temor de Dios.

§ 36. — Además el siglo XIX no se pertenece a sí propio.

Boga en la ruta que le trazaran los siglos que le precedieran; y aunque en descubrimientos algo más afortunado que ellos, no puede jactarse de ser el contendor (32) del contenido.

La causa de sus efectos encuéntrase en aquellos en que, cualquiera que fuese la religión que profesaran, creían en sus dioses y tenían fe en su esperanza.

La parte de ilustración y de luz con que forma tanto ruido con que pretende deslumbrar a la humanidad, no es tampoco parte de su inteligencia.

Preséntase en esto como imitador...

§ 37. — El verdadero siglo de las luces fue el de Moisés quien con ilustración divina enseñó a la humanidad la historia del hombre.

El siglo en que floreció este genio escogido de Dios, es el que en rigor debiera llamarse de la ilustración, de la luz...

(31) Nótese que para Arredondo, como para la mayoría de los escritores de su época el "siglo ilustrado" no es el XVIII sino el XIX. Aquél fue el de "la independencia de los pueblos". Además siendo la ilustración para nuestro autor, la ilustración cristiana, es posible buscarla a partir de los libros sagrados, de ahí que, de acuerdo con Chateaubriand y Donoso Cortés, afirme que el verdadero siglo ilustrado ha sido el de Moisés.

(32) Vale decir, "continente".

§ 38. — Así como el hombre hace al hombre, un siglo hace a otro siglo.

El liberalesco siglo XVII, fue el que más influyó en la pauta del presente.

Arrojando la semilla de la ciencia para que fructificase con el tiempo, estaba reservada para que cosechándola los filósofos y liberales del siglo XIX, y los de los que a éste le sirvieron de norma, dijese:

—En el siglo en que ya desapareció Dios, es todo ilustración, todo luz. . .

§ 39. — Agustín, al trazar la ciudad de Dios, para relegar ese monumento a la posteridad, alzándose sobre los filósofos liberales reclamó para sí el respeto y la veneración.

Voltaire, al descubrir el forjamiento de los hechos históricos para burlarse de la humanidad, trazó una lámina a los ilustrados, brillando entre ellos por su sarcástica sonrisa y su hipócrita maldad.

Tomás, escribiendo la Suma, grandiosa obra que cuadrara con los tiempos reclamó la gratitud y la admiración de ellos, para no confundirse con los iluminados del siglo XIX.

Rousseau al bosquejar su Emilio, para inocular el virus venenoso en el corazón de la juventud, brilla en el medio de su perversidad, y preséntase como maestro del siglo actual.

Gerónimo, interpretando la Biblia, remóntase cual águila sobre los conocimientos humanos, y en rápido vuelo, confunde a los filósofos y liberales del tiempo.

Lutero, en el medio de su apostasía y sentado el libre examen, luce en su refinada perfidia y guía al siglo XIX en los anchos caminos del materialismo.

Por eso en medio de tanta sabiduría, nada sabemos, y entre tanta luz, nos encontramos a oscuras.

Es cierto que el reinado de esa engañosa sabiduría es prepotente, pero no ha de ser eterno.

En tanto que cede el puesto a la augusta verdad para que el siglo XIX no sea el verdadero siglo de la ignorancia y de la oscuridad, escucharemos retumbar en el seno de él una voz con esta aterradora acusación:

Siglo de ilustración y de luz: ¿qué has hecho de Dios?

Mendoza, 1883.

APENDICE DE AUTORES CITADOS EN EL TEXTO

Agustín, San	§ 39
Bossuet	§ 30
Descartes	§ 30
Fichte	§ 6
Gerónimo, San	§ 39
Lutero	§ 39
Malebranche	§ 30
Moisés	§ 2; 37
Pitágoras	§ 12
Rousseau	§ 10; 20
Tomás, Santo	§ 39
Voltaire	§ 20; 30; 39
Volney	§ 20

